

Sujeto al hombre por los hombros. Está pálido, su piel cenicienta, sus labios entreabiertos de los que no se escapa ni un solo suspiro, y sus pupilas a punto de salirse de las cuencas. Para muchos esta sería una imagen espeluznante, pero para mí es una imagen familiar. Lo alzo en brazos, acunándole y, cantándole una nana que una vez escuché salir de los labios de una pobre mujer rogándome que no me llevase a su niño. Sé que el hombre no puede escucharme pero es un ritual que ahora forma parte de mi trabajo.

Me pregunto si en unos años seré capaz de recordar el rostro de este hombre, pero sé que lo más probable es que no. Pocas son las almas de las que me acuerdo mucho tiempo después. Diría que son ellas las que conforman mi historia, pues por alguna razón me han perseguido hasta este momento.

Mi historia empezó hace mucho, demasiado para contar cuánto, pues apenas recuerdo ya el principio. Si tuviese que comenzar por algún lado sería con el primer alma que puedo recordar. Era una niña pequeña que debía rondar los nueve años. Tenía el cuerpo pequeño y frágil como el de un pajarito. Llevaba enferma toda su niñez. Una vida entera de médicos, camas de hospitales, agujas y personas extrañas vestidas de blanco. La primera vez que fui a buscarla era apenas un bebé recién nacido. Entonces aún no había sido el momento. A veces la observaba cuando tenía que pasar de camino en busca de otro cuerpo. Sus ojos mostraban reconocimiento cuando me veía pasar mientras tocaba el majestuoso piano de cola que había en su casa. Pero un día no pudo más, sus manos esbeltas de pianista se detuvieron y la música paró. En un silencio sepulcral me acerqué lentamente y la tomé en brazos. Movida por la necesidad de llevármela con aquello que siempre la había hecho tan feliz, decidí tararear la melodía que poco antes había estado tocando. Ese fue el primer alma que nunca lograría olvidar.

Mi segundo recuerdo es mi favorito, el que con más ternura guardo. Un joven de apenas diecinueve años y toda la vida por delante y un ímpetu imposible de frenar por llegar a lo más alto y con un ansia insaciable por conocimiento infinito. Sonreía a todos, bailaba siempre que escuchaba buena música, engullía cada plato de comida, saboreaba cada momento, porque él, como yo, entendía que la vida se compone de instantes fugaces.

Era poeta y su sueño era publicar un libro. La vida le sonreía al igual que todas las personas que le rodeaban y que le miraban con orgullo. Y entonces, de repente, nada. Cáncer, a los dieciocho años.

Meses en el hospital, tratamiento tras tratamiento, análisis tras análisis, miedo y más miedo. Pánico, terror. Incertidumbre. Un peso que aprieta y ahoga. Visité al joven muchas veces, él siempre me miraba a los ojos, sin ninguna timidez ni reparo y me decía “Vete, no estoy listo para irme”. Y yo lo respetaba, le sonreía y me iba, deseando que pasase mucho antes de nuestro siguiente encuentro. A veces me atrevía a romper la norma que me había impuesto de no acercarme demasiado a los vivos. Leí alguno de sus poemas y descubrí que me mencionaba en ellos.. No hablaba de mí con miedo ni odio, como la mayoría de los vivos, sino con respeto, incluso con cariño. Nos reencontrábamos como dos viejos amigos y me quedaba más rato del necesario porque era la primera vez que no sentía que la soledad fuese mi única compañera. En el crepúsculo de un lluvioso martes de octubre, sentí cómo me llamaba y acudí enseguida. Estaba en su casa, tumbado en la cama, todavía respiraba. Con suavidad le cerré los párpados y esperé pacientemente hasta su última respiración. Murió sonriendo. En su regazo había una libreta y en esta se leía lo siguiente: “ Epílogo: “No tengo miedo, la muerte es mi amiga, sé que ella por siempre me cuidará”.

Un año después no pude resistirme y busqué a la familia del chico y descubrí que el libro había sido publicado.

Tras este inciso, mi historia continuó como antes, sin pena ni gloria. Seguí buscando almas que me esperaban, algunas tranquilas, otras aterradas, otras resignadas. Apenas prestaba atención a sus rostros, y me volví más cuidadosa en cuanto a las normas que me había impuesto. Me obligué a no fijarme en sus caras, a no buscar entre multitudes, a ignorar por completo el mundo de los vivos. Cuando uno me despertaba la curiosidad me obligaba a apartar la mirada, pues había aprendido mi lección. Había conocido ese sentimiento de pérdida que había observado siempre de lejos y ya no quería volver a arriesgarme a pasar por ello otra vez.

Pero entonces sucedió. Después de décadas y décadas, apareció un vivo que me hizo volver a recordar. Un hombre con una vida aparentemente perfecta. Una familia feliz, un hogar acogedor, un buen trabajo, vacaciones en países remotos, comidas familiares, celebraciones, un buen sueldo... La vida resuelta. Y a pesar de todo eso, un día escribió una carta y decidió llamarme. Acudí a su búsqueda y me sorprendió ver que ese hombre me buscara. No era la primera vez que eso ocurría, pero me extrañó ver a una persona con una vida tan llena y realizada en mi búsqueda.

La mayoría de los vivos me miraban con miedo, pero él me miraba con una mirada suplicante, rogando que me lo llevase. El destino es ambicioso y cruel, y el mío ya estaba sellado. Nunca podría negarme a hacer mi trabajo así que obedecí, le alcé en brazos y me lo llevé conmigo, más allá del horizonte. No pude evitar mirar a la familia de mi última víctima mientras me lo llevaba, llorando desconsoladamente y suplicando que le diese una segunda oportunidad. Deseé poder decirles que no era mi elección, que mi existencia era también mi propia tumba pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta.

Y ahora estoy aquí, llevándome a un alma más, realizando el trabajo que nadie querría. Siendo la villana de la historia, incluso de la mía. Pero nadie piensa nunca en mí, en lo tedioso que es ser inmortal, viendo a los vivos pasando por delante de mis ojos, sabiendo que yo estoy condenada a llevarme sus cuerpos inertes mientras yo sigo encadenada a este limbo. Todos los poetas, músicos y artistas hablan sobre mí. Soy la tragedia final en todas sus obras, ese puño de hierro, el juez final que termina su historia, pero nunca hablan sobre lo que significa eso para mí. Como mi vida es un suceso de almas y condenas, de infiernos y cielos, de ruegos y pésames. Yo concedo a sus pobres almas una eternidad en la que por fin podrán descansar en paz, ¿pero y yo? Yo soy la muerte y mi historia no tiene fin.

-Alaska